

Literatura aprobada por la Conferencia
de Servicios Generales de AA.

EL LEGADO DE SERVICIO DE AA

por Bill W.

¿Cuál es el servicio básico que presta AA?

La responsabilidad de la Comunidad

La ardua labor de los pioneros para publicar
el Libro Grande

Nuevas historias y el repentino crecimiento de AA

Creación de los servicios de grupo y mundiales

El origen de las Doce Tradiciones

La OSG en la actualidad

El nacimiento de la Conferencia
de Servicios Generales

Reproducción del texto correspondiente en
El manual de servicio de AA.

El manual completo —una guía inestimable para
las actividades de la Comunidad— está disponible
en la Oficina de Servicios Generales.

Recuperación, Unidad y Servicio son los tres legados que los fundadores y sus compañeros veteranos dejaron a todos los miembros de AA. Cuando en 1955 se dio a conocer este patrimonio —durante la convención de San Luis para conmemorar el vigésimo aniversario de AA—, el doctor Bob ya había fallecido; pero Bill W. habló en nombre suyo —y en el de todos los demás pioneros— al confiarnos a todos nosotros la responsabilidad de velar por la continuación y el desarrollo de AA.

El manual de servicio de AA es la versión actualizada del texto conocido anteriormente como El manual del tercer legado. Puede parecer una simple guía de organización y procedimientos —de hecho, su enfoque es pragmático—; sin embargo, se basa firmemente en principios espirituales —como explica Bill en su introducción al manual, que a continuación se reproduce para tener presente la evolución de nuestro tercer legado—.

El legado de servicio de AA

por BILL W.

Nuestro Duodécimo Paso —transmitir el mensaje— es el servicio básico que presta la comunidad de AA; es nuestro objetivo primordial y la razón misma de nuestra existencia. Por lo tanto, AA es más que un conjunto de principios; es una sociedad de alcohólicos en acción. Tenemos que transmitir el mensaje; de no hacerlo, nosotros mismos podemos marchitarnos, y aquellos a quienes no se les ha comunicado la verdad, pueden perecer.

Por consiguiente, un servicio de AA es cualquier cosa que nos ayude a alcanzar al alcohólico que todavía sufre, abarcando desde el mismo Duodécimo Paso hasta una llamada telefónica y una taza de café; incluso, hasta la Oficina de Servicios Generales de AA, para brindar ayuda nacional e internacionalmente. Todos estos servicios constituyen nuestro tercer legado: Servicio.

Los servicios incluyen: lugares de reunión, cooperar con los hospitales, establecer oficinas intergrupales; implican la planificación de casi toda clase de folletos, libros y buena publicidad. Se requieren comités, delegados, custodios, conferencias y —no hay que olvidarlo— contribuciones voluntarias de dinero provenientes de los miembros de la Comunidad.

Vitales para el desarrollo de AA

Estos servicios —ya sea que los realicen miembros, grupos, áreas o AA en su conjunto— son sumamente vitales para nuestra existencia y nuestro desarrollo. «Mantengámoslo sencillo» no se logra suprimiendo tales servicios en AA; por el contrario, solo conseguiríamos complicaciones y confusión.

Por lo tanto, con respecto a cualquier servicio determinado, nos hacemos una sola pregunta: «¿Realmente es necesario este servicio?». Si lo es, tenemos que conservarlo —o fracasaremos en nuestra misión con quienes necesiten y busquen a AA—.

El conjunto de servicios más vitales —y, no obstante, menos comprendidos— que AA ofrece son

aquellos que nos hacen posible funcionar de forma integral; a saber, la Oficina de Servicios Generales, AA World Services, Inc., AA Grapevine, Inc., y nuestra junta de custodios —registrada legalmente como The General Service Board of Alcoholics Anonymous, Inc. [la Junta de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos]—. Nuestra unidad a escala mundial y gran parte de nuestro desarrollo desde los primeros días se derivan directamente de este grupo de actividades portadoras de vida.

Hasta 1950, estos servicios globales eran competencia exclusiva de algunos pioneros de AA, de varios amigos no alcohólicos, del doctor Bob y mía. Durante todos los años de la infancia de AA, nosotros, los veteranos, nos habíamos autonombrado custodios de Alcohólicos Anónimos.

La Comunidad en condiciones de asumir la responsabilidad

Nos dimos cuenta en ese momento de que AA había madurado; de que nuestra Comunidad estaba preparada y podía relevarnos de estas responsabilidades. Había también otro motivo urgente para hacer el cambio. Ya que los veteranos no íbamos a vivir eternamente, los siguientes custodios serían prácticamente desconocidos para los grupos de AA —ahora dispersos por toda la tierra—. Sin estar directamente vinculados con AA, los futuros custodios no podrían cumplir sus funciones por sí solos.

Esto significaba que teníamos que establecer una conferencia que representara a nuestros miembros y que pudiera reunirse anualmente con nuestra junta de custodios en Nueva York para, así, asumir plenamente la responsabilidad de la custodia de la tradición de AA y la dirección de nuestros asuntos de servicio más importantes. De no ser así, la junta de custodios —prácticamente desconocidos— y nuestras actividades en la oficina central de servicio —escasamente comprendidas— estarían destinadas a un inevitable colapso.

Supongamos que los futuros custodios, actuando por su propia cuenta, cometieran un error garrafal. Supongamos que, careciendo de un enlace con AA, intentaran actuar en nombre nuestro en una época de graves conflictos o crisis. Sin la orientación directa de AA en su totalidad, ¿cómo podrían hacerlo? El colapso de nuestros servicios más importantes sería inevitable. Y si, en tales circunstancias, se vinieran abajo nuestros servicios mundiales, ¿cómo podríamos volver a construirlos?

Estas fueron, en pocas palabras, las consideracio-

nes que dieron pie a la formación de la Conferencia de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos. Más adelante, expondré con más detalle los acontecimientos que ya forman parte de la historia de AA.

El organismo deliberativo conocido como *la conferencia* se compone de delegados elegidos por las diversas áreas en los Estados Unidos y Canadá [ahora son unas noventa], junto con los custodios, los directores de AAWS, Inc. y de AA Grapevine, Inc., así como los empleados de la OSG y del Grapevine [aproximadamente, unas cuarenta o más personas]. La conferencia celebró su primera reunión anual en 1951. Desde entonces, se ha reunido anualmente en Nueva York¹ en el mes de abril. Ha demostrado ser un éxito rotundo, emitiendo una serie de acciones recomendables que han sido de gran utilidad para la Comunidad en sus años de crecimiento y desarrollo.

Hechos destacados en la historia del servicio en AA

Remontándonos al principio, un día de 1937, en la casa del doctor Bob, en Akron, él y yo nos pusimos a hacer el recuento de más de dos años de trabajo. Por primera vez, nos dimos cuenta de que la recuperación de alcohólicos al por mayor era posible. Teníamos entonces dos grupos —pequeños, pero muy sólidos—, uno en Akron y el otro en Nueva York, y un puñado de miembros en otras partes. ¿Cómo podrían estos cuantos recuperados comunicar la buena nueva a los millones de alcohólicos de todo el mundo? Esa era la cuestión.

Enseguida, el doctor Bob y yo nos reunimos con 18 miembros del grupo de Akron en la casa de T. Henry Williams —un fiel amigo no alcohólico—. Algunos miembros del grupo de Akron seguían opinando que debíamos continuar con el sistema de persona a persona; pero la mayoría sentía que ahora necesitábamos nuestros propios hospitales con trabajadores asalariados, y, sobre todo, un libro dirigido a otros alcohólicos para exponerles nuestros métodos y resultados. Todo esto supondría una cantidad sustancial de dinero —millones, tal vez—. (No nos dábamos cuenta de que los millones nos hubieran arruinado, más que el no tener dinero en absoluto). Así que los miembros de Akron me encargaron que fuera a Nueva York y recaudara fondos. Al volver a casa, resultó que el grupo de Nueva York estuvo completamente de acuerdo con esta idea. Algunos de nosotros nos pusimos a trabajar inmediatamente.

1 Salvo la conferencia de 1955, que se efectuó en San Luis, Misuri.

Los problemas iniciales de dinero de AA

Por medio de mi cuñado, el doctor L. V. Strong —el único amigo que me quedaba y mi confidente durante mi peor época de bebedor—, nos pusimos en contacto con Willard S. Richardson, un amigo y asociado desde hacía tiempo de la familia Rockefeller. El entusiasmo del señor Richardson prendió al instante, y logró interesar a un grupo de sus propios amigos. En el invierno de 1937, se celebró una reunión en la oficina de John D. Rockefeller hijo. Estábamos presentes el señor Richardson y su grupo, el doctor William D. Silkworth, alcohólicos de Akron y Nueva York, el doctor Bob y yo. Tras una larga conversación, logramos convencer a nuestros nuevos amigos de que necesitábamos dinero urgentemente, y grandes sumas.

Poco después, a comienzos de 1938, uno de ellos, Frank Amos, viajó a Akron para examinar allí al grupo. Regresó con un informe muy optimista, cuyo resumen presentó el señor Richardson rápidamente al señor Rockefeller hijo. Aunque quedó muy impresionado, el señor Rockefeller se abstuvo de aportar una gran suma —temiendo que AA se transformara en una organización con fines de lucro—. No obstante, nos hizo un donativo de cinco mil dólares; con eso pudimos mantenernos el doctor Bob y yo durante 1938. Todavía estábamos muy lejos de tener los hospitales, los misioneros, los libros... y las grandes sumas de dinero. Eso fue sumamente difícil para nosotros entonces; pero, probablemente, fue una de las mejores oportunidades que ha tenido AA.

A pesar del parecer del señor Rockefeller, renovamos nuestros esfuerzos para convencer a sus amigos de nuestra apremiante necesidad de dinero. Al final estuvieron de acuerdo en que necesitábamos más dinero —por lo menos el suficiente para preparar un libro de texto acerca de nuestros métodos y nuestra experiencia—.

A fines de la primavera de 1938, tenía ya un borrador de lo que ahora son los dos primeros capítulos del libro *Alcohólicos Anónimos*. Utilizamos copias mimeografiadas de los mismos como parte de un documento informativo en nuestro vano esfuerzo de recaudar fondos. En las reuniones de la junta —que en ese entonces se celebraban casi cada mes—, nuestros amigos no alcohólicos se compadecían de nuestro poco éxito. Casi la mitad de los cinco mil dólares donados por el señor Rockefeller se había utilizado para pagar la hipoteca de la casa del doctor Bob. El resto, repartido entre nosotros, naturalmente, se acabaría pronto. El panorama era francamente sombrío.

AA y su editorial propia

Entonces, Frank Amos se acordó de su viejo amigo Eugene Exman, redactor encargado de temas religiosos en la casa editorial Harper. Me recomendó que fuera a Harper, donde le mostré al señor Exman dos capítulos del libro que nos habíamos propuesto. Para mi gran alegría, el señor Exman quedó impresionado. Sugirió que Harper podría darme un adelanto de mil quinientos dólares por concepto de derechos de autor para terminar la obra. Sin un centavo —como estábamos entonces—, esos mil quinientos dólares nos parecieron un montón de dinero.

No obstante, nuestro entusiasmo por esta propuesta se desvaneció rápidamente. Cuando termináramos el libro, tendríamos con Harper una deuda de mil quinientos dólares. Y si —tal como esperábamos— AA consiguiera entonces mucha publicidad, ¿con qué íbamos a contratar a alguien para ayudarnos a contestar las solicitudes de información —miles, quizá— que nos lloverían?

Había además otro problema, y muy serio: tampoco tendríamos la titularidad de nuestro libro sobre AA. ¿Y si este se convirtiera en el texto básico de Alcohólicos Anónimos? Era obvio que nuestra sociedad tenía que retener la titularidad de su literatura, publicándola con su editorial propia. Ninguna casa editorial —por buena que fuera— debía poseer la titularidad de nuestro máspreciado patrimonio.

Así que dos de nosotros fuimos a comprar un talonario en blanco de certificados de acciones y en ellos escribimos «Works Publishing, valor nominal \$ 25». Mi amigo Hank P. y yo ofrecimos entonces acciones de la nueva casa editorial a los alcohólicos de Nueva York y a sus amigos. Ellos simplemente se rieron de nosotros. «¿Quién —nos preguntaron— va a comprar acciones de un libro que ni siquiera se ha escrito?».

De alguna manera, había que convencer a esos tímidos compradores, así que fuimos a las oficinas de la revista *Reader's Digest* y le contamos al editor en jefe la historia de nuestra sociedad en ciernes y del libro que nos habíamos propuesto. Le gustó mucho la idea y nos prometió que, en la primavera de 1939 —cuando esperábamos tener el libro listo—, publicaría en la *Reader's Digest* un artículo acerca de AA —en el que, por supuesto, se haría mención del nuevo libro—.

Ya teníamos con qué respaldar las acciones. Con semejante conexión, el libro que nos habíamos propuesto se vendería a montones. ¿Cómo podríamos fracasar? Los alcohólicos neoyorquinos y sus amigos cambiaron enseguida de opinión acerca de las acciones de Works

Publishing, y empezaron a comprarlas; la mayoría, a plazos.

Ruth Hock —nuestra secretaria no alcohólica— iba mecanografiando los capítulos que yo le dictaba lentamente. Durante meses y meses, las reuniones de los grupos de Nueva York y Akron se centraron principalmente en intensas discusiones acerca de estos borradores y sobre lo que debía incluirse en ellos. Más que el autor, pasé a ser un árbitro. Mientras tanto, los alcohólicos de Akron y de Nueva York —y un par de Cleveland— se pusieron a redactar sus historias; fueron 28 en total.

Cuando ya estábamos por terminar el proyecto del libro, fuimos a visitar al editor en jefe de *Reader's Digest* y le preguntamos por el artículo que nos había prometido. Nos miró aparentemente sin comprender; apenas podía acordarse de quiénes éramos. Entonces nos dio la desagradable sorpresa. Nos dijo que, hacía algunos meses, él había presentado nuestra propuesta ante su junta editorial y que la habían rechazado rotundamente. Disculpándose ampliamente, admitió que se le había pasado por completo comunicárnoslo. Fue aplastante.

Mientras tanto, habíamos mandado imprimir, con gran entusiasmo, cinco mil ejemplares del nuevo libro, prácticamente sin recursos. También el impresor había confiado en *Reader's Digest*. Muy pronto, tendríamos cinco mil libros en su almacén, pero no a los compradores.

Al fin, el libro se publicó en abril de 1939. Conseguimos que el *New York Times* publicara una reseña, y el doctor Harry Emerson Fosdick nos hizo otra muy buena; pero no pasó nada. Simplemente, el libro no se vendía. Estábamos endeudados hasta más no poder. El alguacil se había presentado en la oficina de Newark donde estábamos trabajando, y el dueño había vendido la casa donde vivíamos Lois y yo en Brooklyn. Nos echaron a la calle y no nos quedó otra opción que vivir de la caridad de nuestros amigos AA.

No sé cómo nos las arreglamos para pasar el verano de 1939. Hank P. tuvo que conseguir un trabajo. La fiel Ruth aceptó acciones de la difunta editorial como paga. Un compañero AA nos brindó su casa de verano; otro, un automóvil.

AA se convierte en noticia

La primer noticia apareció en septiembre de 1939. La revista *Liberty* —dirigida entonces por nuestro futuro amigo Fulton Oursler— publicó el artículo «Alcoholics and God» (Los alcohólicos y Dios), escrito por Morris Markey. Suscitó una reacción inmediata. Nos llegaron

unas ochocientas cartas de alcohólicos y sus familiares. Ruth contestó cada una de ellas, adjuntando un volante del nuevo libro, *Alcohólicos Anónimos*. Poco a poco, empezó a venderse el libro. Luego, el *Cleveland Plain Dealer* publicó una serie de artículos sobre Alcohólicos Anónimos. Enseguida, los grupos de Cleveland comenzaron a multiplicarse, y los miembros aumentaron de una veintena a varios centenares. Se vendieron más libros. Y así, a duras penas, nos abrimos paso durante aquel año azaroso.

No habíamos tenido noticias del señor Rockefeller desde principios de 1938; pero en 1940 reapareció sorpresivamente. El señor Richardson, amigo suyo, se presentó en una reunión de los custodios con una amplia sonrisa: «El señor Rockefeller —dijo— desea brindar una cena en honor de Alcohólicos Anónimos». En la lista de invitados había una cantidad impresionante de personas importantes. Calculamos que su capital colectivo era de al menos mil millones de dólares.

La cena se realizó a comienzos de febrero en el Union League Club de Nueva York. El doctor Harry Emerson Fosdick se dirigió a los presentes elogiándonos; lo mismo hizo el eminente neurólogo doctor Foster Kennedy. Luego, el doctor Bob y yo les expusimos a los asistentes un breve informe sobre AA. Algunos alcohólicos de Nueva York y de Akron, acomodados entre los invitados, respondían a sus preguntas. Entre los allí reunidos se sentía cada vez más simpatía e interés. «¡Ya está! ¡Nuestros problemas económicos están resueltos!», pensamos.

Nelson Rockefeller se puso entonces de pie para hablar en nombre de su padre, quien estaba enfermo. Dijo que su padre se alegraba de que los invitados a la cena pudieran haber visto el inicio prometedor de la nueva sociedad de Alcohólicos Anónimos; que rara vez —continuó Nelson— su padre había mostrado tanto interés en algo; pero que era obvio que, puesto que AA era una obra de auténtica buena voluntad, en la que una persona transmitía la buena nueva a la siguiente, se requería poco o nada de dinero. Al escucharlo salir con eso, se derrumbaron nuestros ánimos. Una vez que hubo terminado el señor Rockefeller, los capitalistas —y los mil millones de dólares que representaban— se levantaron y se marcharon, sin dejar ni un solo centavo.

Al día siguiente, John D. Rockefeller les escribió una carta a todos los que habían asistido a la cena —e incluso a quienes no habían ido—. En ella, reiteraba su plena confianza y gran interés, y luego, hasta el final de su carta, mencionaba como de paso que iba a donarle mil dólares a Alcohólicos Anónimos.

Tardamos bastante tiempo en darnos cuenta de lo que el señor Rockefeller había hecho en realidad por nosotros. A riesgo de hacer el ridículo, se había puesto de pie ante todo el mundo para darle voz a nuestra minúscula sociedad de esforzados alcohólicos. Había puesto las manos en el fuego por estos desconocidos. Sabiamente austero con su dinero, había dado liberalmente de sí mismo. En ese momento, John D. Rockefeller hijo nos salvó de los peligros de la administración de propiedades y del interés lucrativo. No podría haber hecho mejor.

AA llega a los dos mil miembros

Esto [la noticia de la cena] tuvo como consecuencia que el número de miembros de AA aumentara aceleradamente durante 1940 hasta alcanzar unos dos mil a finales de ese año. El doctor Bob y yo empezamos a recibir treinta dólares a la semana, cada uno, provenientes de las contribuciones de la cena; fue un gran alivio para nosotros. Lois y yo nos instalamos en una pequeña habitación en el local del primer club de AA, en la calle 24 Oeste de Manhattan.

Lo mejor de todo fue que el aumento de las ventas del libro nos hizo posible establecer una oficina central nacional. Nos mudamos de Newark, NJ, —donde se escribió el libro de AA— a la calle Vesey, justo al norte del distrito de Wall Street en Nueva York. Alquilamos una modesta oficina con dos ambientes, justo enfrente de la oficina de correos anexa de la calle Church, en el centro de la ciudad. Fue entonces cuando el famoso apartado postal número 685 estuvo listo y a la espera de recibir las miles de desesperadas solicitudes de información que pronto iban a llegar. En ese momento, Ruth —aunque no era alcohólica— se convirtió en la primera secretaria nacional de AA, y yo me convertí en una especie de factótum de la oficina central.

Durante todo 1940 dependimos completamente de las ventas del libro para mantener precariamente la oficina. Cada centavo de esos ingresos se dedicó a pagar el trabajo de AA que se hacía allí. Todas las solicitudes de ayuda recibían en respuesta una carta afectuosa y personal. Cuando los alcohólicos o sus familiares se mostraban interesados, seguíamos escribiéndoles. Con la ayuda de esta correspondencia y del libro *Alcohólicos Anónimos*, empezaron a formarse nuevos grupos de AA.

Inicio de los servicios a los grupos

Lo más importante es que teníamos listados de candidatos en muchas ciudades y localidades de los Estados

Unidos y Canadá. Les entregábamos estos listados a personas de negocios que viajaran, miembros de grupos de AA ya establecidos. Mantuvimos correspondencia de manera constante con estos mensajeros, y ellos establecieron aún más grupos. Para conveniencia de estos viajeros, publicamos un directorio de grupos.

Entonces surgió un servicio imprevisto. Debido a que los grupos recién nacidos tenían poco contacto con sus padrinos viajeros, empezaron a recurrir a la oficina de Nueva York para pedir ayuda con sus innumerables problemas. Les transmitimos por correo la experiencia de los centros más antiguos. Poco después —como veremos—, esto llegó a ser un servicio de gran relevancia.

Mientras tanto, algunos de los accionistas de la editorial, Works Publishing, empezaron a inquietarse. Se quejaban de que todas las ganancias del libro se utilizaban para las labores de AA en la oficina. ¿Cuándo iban a recuperar —por lo menos— su dinero? Nos dimos cuenta también de que el libro *Alcohólicos Anónimos* debía convertirse en propiedad de AA en su conjunto. En esa época, un tercio era propiedad de los 49 accionistas; otro tercio, de mi amigo Hank P.; y el resto, mía.

Lo primero que hicimos fue constituir legalmente la editorial, Works Publishing, y que fuera auditada. Hank P. y yo donamos nuestras acciones a The Alcoholic Foundation (la Fundación Alcohólica) —como se llamaba entonces nuestra junta de custodios—. Estas eran las acciones que él y yo nos habíamos adjudicado por los servicios prestados; pero los otros 49 accionistas habían invertido dinero contante y sonante. Tendríamos que pagarles en efectivo. ¿De dónde íbamos a sacarlo?

La ayuda que necesitábamos apareció en la figura de A. LeRoy Chipman. Él también era amigo y colaborador de John D. Rockefeller hijo, y, recientemente, se había integrado como custodio de la Fundación. Logró convencer al señor Rockefeller, a dos de sus hijos, y a algunos de los invitados a la cena, para que hicieran un préstamo de ocho mil dólares a la Fundación. Con eso pagamos de inmediato un adeudo de \$ 2,500 con Charles B. Towns²; saldamos otras deudas, y pudimos readquirir las acciones restantes. Dos años después, gracias a las buenas ventas del libro *Alcohólicos Anónimos*, nos fue posible liquidar en su totalidad el préstamo de Rockefeller.

Jack Alexander echa un vistazo a AA

La primavera de 1941 trajo consigo un golpe de suerte. La revista *Saturday Evening Post* decidió elaborar un

² Propietario del hospital Towns; su préstamo contribuyó a hacer posible el proyecto del libro.

reportaje sobre Alcohólicos Anónimos, y encargó su realización a uno de sus columnistas más destacados: Jack Alexander. Como acababa de realizar un artículo sobre el crimen organizado en Nueva Jersey, Jack se acercó a nosotros un tanto burlón; pero pronto se «convirtió» a AA —a pesar de que no era alcohólico—. Trabajando desde muy temprano y hasta muy tarde, pasó un mes entero con nosotros. El doctor Bob y yo, y varios veteranos de los grupos pioneros de Akron, Nueva York, Cleveland, Filadelfia y Chicago pasamos incontables horas con él. En cuanto AA le llegó hasta la médula, se puso a escribir el reportaje que conmovería a los borrachos y a sus familiares en todo el país. Fue la historia principal de la edición del 1.º de marzo de 1941 de la revista *Saturday Evening Post*.

Y vino el diluvio. Desesperadas súplicas de ayuda de los alcohólicos y sus familiares —¡seis mil!— llegaron de golpe a la oficina de Nueva York. Al principio, tomábamos cartas al azar de entre el montón, alternando entre risas y lágrimas. ¿Cómo íbamos a poder contestar a estas cartas desgarradoras? Era evidente que Ruth y yo no podríamos hacerlo solos. No sería suficiente enviarles a todos una carta circular. Cada una debía recibir una respuesta personal y comprensiva. Tal vez los propios grupos de AA podrían ayudarnos. Aunque nunca antes les habíamos pedido nada, si esto era responsabilidad de alguien, sin duda era de ellos. Había que hacer una labor colosal de Paso Doce, y había que hacerla ya.

Así que les contamos a los grupos la historia, y respondieron. En esa época, la referencia para la contribución voluntaria se fijó en un dólar al año por miembro. Los custodios de la Fundación acordaron administrar este dinero, depositándolo en una cuenta bancaria especial asignada exclusivamente para sufragar el trabajo de la oficina de AA.

Comenzamos 1941 con dos mil miembros, pero al concluir el año ya eran ocho mil. Tal fue el tremendo impacto del reportaje de *Saturday Evening Post*. Pero ello fue solo el principio de las incontables súplicas de ayuda de individuos y grupos en desarrollo de todas partes del mundo que han seguido llegando a la Oficina de Servicios Generales hasta el día de hoy.

Esta expansión fenomenal nos presentó otro problema; uno muy importante. Al estar ahora bajo los reflectores a nivel nacional, tuvimos que empezar a tratar con el público a gran escala. La mala voluntad de la opinión pública podría atrofiar nuestro crecimiento; incluso, estancarlo. Pero la confianza entusiasta del público podría engrosar la cantidad de miembros hasta

una cifra que antes solo habríamos imaginado. El reportaje en la revista lo había demostrado.

Encontrar las soluciones apropiadas para todos nuestros dilemas de relaciones públicas ha sido un largo proceso. A base de prueba y error —a veces, más por medio de dolorosos errores—, fueron surgiendo con el tiempo las posturas y costumbres que nos funcionarían mejor. Las importantes quedaron plasmadas en nuestras Doce Tradiciones. Cien por ciento de anonimato ante el público; nunca usar el nombre de AA al servicio de otras causas —por nobles que sean—, ni respaldarlas ni hacer aliados; ceñirnos al único objetivo de Alcohólicos Anónimos; evitar todo fin lucrativo (no «profesionalizar» a AA); basar las relaciones públicas en el principio de atracción, no en la promoción... son algunas de las lecciones que tuvimos que aprender por las malas.

Servicio para la totalidad de AA

Hasta aquí, en este relato sobre nuestra sociedad hemos abarcado la Fundación, el libro de AA, el desarrollo de folletos publicitarios, la respuesta a las muchas solicitudes de ayuda, el asesoramiento brindado a los grupos sobre sus problemas, el comienzo de nuestra increíble relación con el público, y hemos visto cómo todo ello se volvió parte del servicio cada vez más amplio para el mundo entero de AA. Por fin, nuestra sociedad comenzó a funcionar de forma conjunta.

Pero el período de 1941 a 1945 nos trajo otros acontecimientos significativos. Nos mudamos de la calle Vesey a una oficina en la avenida Lexington, en la ciudad de Nueva York, justo enfrente de la estación Grand Central. En cuanto nos instalamos allí, nos vimos asediados por visitantes que, por primera vez, empezaban a considerar a Alcohólicos Anónimos como una esperanza para toda la tierra.

Puesto que AA estaba creciendo a un paso tan acelerado, la OSG también tenía que crecer. Contratamos a más alcohólicos como miembros del personal. Conforme se iban repartiendo el trabajo, empezaron a crearse los departamentos. La oficina actual cuenta con bastantes departamentos: Servicios a los Grupos, Relaciones Públicas e Internacionales, Conferencia, Gerencia, Expedición y Envíos, Contabilidad, Estenografía, y Servicios Especiales para Solitarios, Prisiones y Hospitales³.

Fue principalmente de nuestra correspondencia y de nuestras cada vez más amplias actividades de relaciones públicas de donde surgieron las ideas básicas

3 Desde 1950 se han incorporado otros servicios.

para nuestras tradiciones. A finales de 1945, un buen amigo de AA sugirió que se podría compendiar toda esa experiencia acumulada en un conjunto de principios generales; principios enunciados de forma sencilla que pudieran brindar soluciones probadas para todos los problemas de AA relacionados con convivir y colaborar todos, y con la relación de nuestra sociedad con el mundo que la rodea.

Si ya habíamos adquirido un grado suficiente de certeza respecto de nuestra posición en cuestiones como quién podía ser miembro, la autonomía de los grupos, la unicidad de nuestro propósito, el no respaldar entidades o causas ajenas, el nunca tener carácter lucrativo, la controversia pública, y el anonimato en sus diversos aspectos, sería posible entonces redactar ese compendio de principios. Por supuesto, un compendio de tradiciones de esa índole nunca podría convertirse en un reglamento o una ley; pero podría servir de guía segura para nuestros custodios, los trabajadores de la oficina central y, sobre todo, para los grupos de AA con graves dolores de crecimiento.

Por hallarnos en medio de los acontecimientos, quienes trabajábamos en la oficina central tendríamos que realizar esa labor. Asistido por mis ayudantes, me dispuse a trabajar. Las tradiciones de Alcohólicos Anónimos resultantes se publicaron por primera vez en su llamada «forma larga» en la revista *Grapevine* de mayo de 1946. Luego escribí otros ensayos para explicar las tradiciones en detalle; estos se publicaron en números posteriores del *Grapevine*.

Las tradiciones requirieron persuasión

La reacción inicial suscitada por las Doce Tradiciones fue interesante y divertida; variada, por decir lo menos. Solamente los grupos con graves problemas las tomaron en serio. En algunos sectores, la reacción fue violenta —especialmente entre los grupos que tenían largas listas de reglas y reglamentos «protectores»—. Había mucha indiferencia. Algunos de nuestros miembros «intelectuales» se ponían a vociferar que las tradiciones no reflejaban más que el conjunto de mis propios temores y esperanzas respecto a Alcohólicos Anónimos.

Por lo tanto, empecé a viajar y hablar mucho acerca de las nuevas tradiciones. Al principio, la gente escuchaba cortésmente atenta —aunque he de confesar que algunos se durmieron durante mis primeras arengas—. Pero después de un tiempo, recibí cartas con opiniones como esta: «Bill, nos gustaría mucho que vinieras a hablar. Cuéntanos dónde solías esconder tus botellas, y todo aquello de esa tremenda experiencia espiritual que

tuviste. Pero, por amor de Dios, por favor, ¡ya no nos hables más de esas malditas tradiciones!».

Con el tiempo, todo eso cambió. Solo cinco años más tarde, varios miles de miembros de AA, reunidos en Cleveland para la convención de 1950, declararon que las Doce Tradiciones de AA constituían la base sobre la cual nuestra Comunidad podría funcionar mejor y mantenerse unidad para siempre.

La medicina se interesa

Para entonces, AA había ganado una mayor aceptación en el terreno de la medicina. Dos de las más importantes asociaciones médicas de Estados Unidos hicieron algo sin precedente. En 1944, la Sociedad Médica del Estado de Nueva York me invitó a presentar una ponencia en su reunión anual. Después de la ponencia, tres de los muchos médicos allí presentes se pusieron de pie para manifestar su más decidido respaldo a AA. Estos fueron el doctor Harry Tiebout, primer amigo de AA del campo de la psicología; el doctor Kirby Collier, también psicólogo, amigo e impulsor de AA; y el doctor Foster Kennedy, neurólogo de renombre mundial. La propia Sociedad Médica fue entonces aún más lejos: nos dio autorización para publicar mi ponencia, junto con las recomendaciones de estos tres doctores, en un folleto. En 1949, la Asociación Psiquiátrica de los Estados Unidos hizo exactamente lo mismo. Presenté una ponencia durante su reunión anual en Montreal. La ponencia fue publicada en la *American Journal of Psychiatry* (Revista de Psiquiatría de los Estados Unidos), y nos concedieron su autorización para reproducirla⁴.

Durante la década de los cuarenta, dos hospitales se esforzaron por satisfacer todas estas necesidades urgentes e ilustraron a la perfección cómo AA y la medicina podían cooperar. En el hospital Santo Tomas de Akron, el doctor Bob, la maravillosa hermana Ignacia, y el cuerpo médico se encargaron de un pabellón para alcohólicos, en el que, para cuando el doctor Bob falleció, en 1950, ya se había atendido a unos cinco mil alcohólicos. En Nueva York, en el hospital Knickerbocker había un pabellón a cargo de nuestro primer amigo de la medicina, el doctor William Silkworth, quien contaba con la ayuda de una enfermera pelirroja —y compañera de AA—, conocida como Teddy. En estos dos hospitales, y por medio de estos pioneros, se formularon las técnicas más eficaces para combinar la medicina con AA.

Ya que la hospitalización apropiada era —y sigue siendo— uno de los mayores problemas de AA, la

4 El folleto *Tres charlas a sociedades médicas*, por Bill W. (ya no se publica).

Oficina de Servicios Generales ha compartido esta experiencia de los primeros tiempos en los hospitales —junto con otros muchos avances y ramificaciones— con los grupos de todo el mundo —lo cual constituye otro servicio vital—.

Una oleada de rupturas de anonimato

Por esa época se nos presentó otra grave amenaza para nuestro bienestar a largo plazo. Varios miembros —la mayoría, bien intencionados— empezaron a romper su anonimato por todas partes. A veces deseaban usar el nombre de AA para promocionar y respaldar otras causas. En otros casos, simplemente deseaban ver sus nombres y fotos en los periódicos. Creían que ser fotografiados con el gobernador sería una gran ayuda para AA. (Antes, también yo cometí este error). Pero, por fin, vimos el riesgo terrible que correría AA si todos los ambiciosos de poder entre nosotros anduvieran sueltos a nivel público. Ya había decenas de ellos haciéndolo.

Por lo tanto, nuestra Oficina de Servicios Generales tomó cartas en el asunto. Le escribimos amonestaciones —bastante amables, naturalmente— a cada rompedor. Incluso enviamos cartas a casi todos los medios de prensa y radio para explicarles por qué los AA no deben romper su anonimato ante los medios de comunicación, y que AA tampoco solicita dinero —agregamos—; nosotros pagamos nuestras propias cuentas.

Pasados unos pocos años, el número de miembros que rompían su anonimato se redujo a un puñado; así, otro valioso servicio de la OSG había entrado en acción.

Los servicios de la OSG se amplían

Para poder mantener todos estos servicios —cuerdas de salvamento cada vez más largas—, la oficina necesitaba seguir ampliándose. La OSG se trasladó a la calle 44. [Los domicilios posteriores fueron calle 45 Este n.º 305; Park Avenue Sur n.º 468; y, desde 1992, Riverside Drive n.º 475. Los miembros del personal son todos AA; los empleados no alcohólicos se encargan de la contabilidad, la taquigrafía, el archivo, los registros y los envíos; los gerentes de estos departamentos también son personas no alcohólicas].

Puede ser que a algunos les parezca que los diversos servicios que ahora brindamos son solo para las grandes empresas. Pero, si tomamos en cuenta la magnitud y el alcance que tiene AA en el presente, no es cierto en absoluto. Por ejemplo, en 1945, contábamos con un trabajador asalariado por cada 98 grupos; en 1955, un trabajador asalariado por cada 230 grupos. [En 2002, y con más servicios disponibles, un trabaja-

dor asalariado de la OSG brinda servicio a 667 grupos en promedio]. Por lo tanto, parece seguro que nunca tendremos que cargar con una organización de servicio burocrática y costosa.

No podría considerarse completa ninguna descripción de nuestros servicios mundiales sin reconocer todo cuanto han aportado nuestros custodios no alcohólicos. Durante años han contribuido con una cantidad increíble de tiempo y energía; la suya ha sido una auténtica obra de amor. Algunos de ellos —como Jack Alexander, Fulton Oursler, Leonard Harrison y Bernard Smith— han aportado mucho en sus respectivos campos: literatura, servicio social, finanzas y jurisprudencia. Los custodios no alcohólicos de años recientes han seguido su ejemplo.

Como mencioné anteriormente, durante los años cuarenta, el futuro de nuestra oficina central estuvo constantemente amenazado: el doctor Bob y yo, y nuestra junta de custodios teníamos la responsabilidad total de la dirección de los servicios de AA.

En los años anteriores a 1950 y 1951, empezamos a debatir acerca de la conveniencia de tener algún tipo de junta asesora integrada por miembros de AA. O tal vez necesitábamos una conferencia compuesta de una mayor cantidad de miembros escogidos por los propios miembros de AA; personas que inspeccionarían la oficina central anualmente; un organismo ante el cual los custodios serían responsables, una conciencia orientadora para todo nuestro trabajo mundial.

Pero persistían las objeciones a esta propuesta, y, durante varios años, no se hizo nada. Dicho proyecto —se decía— sería muy costoso. Aún peor, AA podría verse precipitada en actividades políticas perturbadoras a la hora de elegir a los delegados de la conferencia. Entonces, el doctor Bob cayó enfermo; enfermo de muerte. Finalmente, en 1950, espoleados por la despiadada consecuencia lógica de la situación, los custodios nos autorizaron al doctor Bob y a mí para formular el plan que se describe en este libro. Era el plan para formar la Conferencia de Servicios Generales de AA; el plan por medio del cual nuestra sociedad asumiría la responsabilidad total y permanente de dirigir sus asuntos más vitales.

El nacimiento de la conferencia

Una cosa era *decir* que debíamos tener una conferencia, y otra, muy distinta, era *formular* un plan que la hiciera realidad. La cuestión de los gastos fue fácilmente descartada; pero, ¿cómo íbamos a eliminar la politiquería y sus acostumbradas intrigas por el prestigio y la vana-

gloria? ¿Cuántos delegados se requerirían? ¿Y de dónde provendrían? Una vez que llegaran a Nueva York, ¿de qué manera estarían relacionados con la junta de custodios? ¿Cuáles serían sus poderes y deberes reales?

Teniendo en mente estas importantes consideraciones —y con algunos recelos—, me puse a redactar un borrador del plan, con la gran ayuda de Helen B., quien era AA y miembro del personal.

Aunque más tarde podría ampliarse la conferencia para incluir a todos los países, opinamos que los primeros delegados provinieran únicamente de los Estados Unidos y Canadá. A cada estado y provincia podría permitírsele un delegado. Los estados con una gran población de AA podrían tener delegados adicionales. Para asegurar la continuidad de la conferencia, los delegados podrían estar divididos en paneles. Un panel impar (panel número uno), elegido para servir dos años, sería invitado a venir en 1951, el primer año. Un panel par (panel número dos), también elegido para servir dos años, se incorporaría en 1952. De allí en adelante, cada año se elegiría un panel y se retiraría otro. Así se realizaría la rotación de la conferencia, a la vez que se mantendría cierta continuidad.

Pero, ¿cómo podríamos reducir la inevitable presión de las elecciones? Para lograr esto, se dispuso que el delegado debía alcanzar dos tercios de los votos para ser elegido. Si el delegado obtenía una mayoría tan amplia, nadie podría quejarse demasiado. Pero si él o ella no la obtuviera, si la elección fuera muy reñida, ¿qué podría hacerse entonces? Bueno, tal vez podrían ponerse en un sombrero los nombres de los dos candidatos con más votos, o de los tres servidores de confianza del comité, o incluso los nombres de todos los del comité. Se sacaría un nombre. El ganador de esta sencilla lotería sería el delegado.

Pero cuando estos delegados se reunieran en la conferencia, ¿qué es lo que harían? Pensamos que querrían tener verdadera autoridad. Por lo tanto, en la carta constitutiva elaborada para la propia conferencia se dispuso que los delegados, mediante una mayoría de dos tercios, podrían dar instrucciones categóricas a los custodios; incluso una simple mayoría por votación constituiría una sugerencia muy fuerte.

Se anima a los delegados a hacer preguntas

La primera conferencia fue programada para abril de 1951. Llegaron los delegados. Inspeccionaron nuestra oficina, desde el sótano hasta el desván; conocieron a todos los miembros del personal; estrecharon la mano

a los custodios. Esa tarde efectuamos una sesión de orientación, denominada «¿En qué estás pensando?». Respondimos veintenas de preguntas de todo tipo. Los delegados empezaron a sentirse cómodos y en confianza. Inspeccionaron nuestras finanzas con microscopio. Después de escuchar los informes de la junta de custodios y de todos los servicios, tuvimos un intenso pero cordial debate sobre diversas cuestiones de política. Los custodios sometieron algunos de sus propios problemas agudos a la consideración de la conferencia.

Así pasó una sesión tras otra, mañana, tarde y noche. Los delegados abordaron varios dilemas sobre los que teníamos duda en la OSG, dándonos a veces consejos opuestos a nuestras propias conclusiones. En casi todos los casos, vimos que ellos tenían la razón. Allí mismo demostraron, más claramente que nunca, lo acertada que era la Segunda Tradición de AA. La conciencia de grupo podría actuar con seguridad como la única autoridad y la guía segura de Alcohólicos Anónimos.

Nadie de los allí presentes podrá olvidar nunca la sesión final de la primera conferencia. Supimos que lo imposible había sucedido; que AA nunca se partiría por la mitad; que Alcohólicos Anónimos estaba por fin a salvo de cualquier tormenta que pudiera traernos el futuro. Y los delegados, al regresar a sus hogares, se llevaron consigo la misma convicción.

Al darse cuenta de nuestra necesidad de fondos y de una mayor circulación de literatura, algunos recalcaron demasiado esta necesidad; otros se sentían un poco desanimados, preguntándose por qué los compañeros en sus áreas no manifestaban el mismo entusiasmo que ellos tenían. Se olvidaban de que ellos mismos habían sido testigos de la conferencia, y sus hermanos alcohólicos no. Pero, tanto aquí como en casa, los delegados causaron una impresión mucho mayor de la que pensaban.

En medio de estos emocionantes acontecimientos, la conferencia estuvo de acuerdo en que debía cambiarse el nombre de «Alcoholic Foundation» por el de «The General Service Board of Alcoholics Anonymous, Inc.» (la Junta de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos, Inc.), y así se hizo. La palabra *fundación* connotaba obras de caridad, paternalismo y, tal vez, mucho dinero. AA no tendría nada de eso; a partir de ello, podríamos asumir la plena responsabilidad y pagar nuestras propias cuentas.

Mientras veía todo este desarrollo, llegué a estar totalmente seguro de que Alcohólicos Anónimos estaba por fin a salvo... hasta de mí.

Yo soy responsable...

cuando cualquiera, dondequiera extienda su mano pidiendo ayuda, quiero que la mano de AA esté siempre allí.

Y de eso, yo soy responsable.

Literatura aprobada por la Conferencia de Servicios Generales de AA.

© Alcoholics Anonymous
World Services, Inc., 2018, 2024.

Dirección postal:
Box 459, Grand Central Station
New York, NY 10163

www.aa.org/es

